

HOMILÍA MISA EXEQUIAL DE MONS. LORENZO ALBACETE CINTRÓN
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO PARROQUIA
SAGRADO CORAZÓN, SANTURCE
MIÉRCOLES 29 DE OCTUBRE DE 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nos encontramos reunidos en presencia de los restos mortales de nuestro querido, amado y siempre recordado Mons. Lorenzo Manuel Albacete Cintrón (7 de enero de 1941-24 de octubre de 2014). Esta celebración eucarística es una donde la vida y la existencia humana suelen verse desde la perspectiva de la trascendencia y la eternidad.

Comienzo expresándoles que valoro y agradezco grandemente la presencia de todos y todas ustedes. Especialmente la de:

1. Mis hermanos obispos y amigos de Mons. Lorenzo: el Obispo de Ponce, Mons. Félix Lázaro Martínez; el Obispo de Mayagüez, Mons. Álvaro Corrada del Río. Agradecemos al Obispo Héctor Rivera Pérez, quien estuvo aquí, con este servidor, para recibir el cuerpo de Mons. Lorenzo;
2. Sus amigos y amigas y hermanos y hermanas de Comunión y Liberación;
3. Sus discípulos de la Academia Sagrado Corazón;
4. Sus amigos sacerdotes de Puerto Rico;
5. Sus colaboradores de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, y su Presidente, el Dr. Jorge Iván Vélez Arocho.

Agradezco a Servicios Funerarios Católicos por gestionar el traslado de los restos mortales de Mons. Albacete y su sepelio.

Hemos querido celebrar esta santa misa en esta parroquia del Sagrado Corazón por ser un lugar muy especial para Mons. Albacete y su hermano, Manuel. En el colegio contiguo a esta parroquia él realizó sus estudios de escuela elemental y secundaria; aquí, él recibió varios de los sacramentos y en el 1973 realizó su primera misa. Aquí hace 5 años, él vino a celebrar una misa en ocasión de los 50 años de su clase graduanda. También aquí se veló a su madre, Doña Conchita Cintrón (10 y 11 de marzo de 1996). Este lugar que tantas veces lo acogió en su existencia humana, ahora lo acoge, por última vez, en su nueva forma de existencia. Por ello, también agradecemos al Padre Ovidio, Párroco, por su colaboración en esta liturgia. Agradecemos a los sacerdotes concelebrantes, el Coro Arquidiocesano, el coro de este servidor.

Al reflexionar sobre la vida y el sacerdocio de Mons. Albacete, en mí, sobresaltan estas tres palabras: talento, Misterio y humanidad.

1. Talento: Mons. Mons. Lorenzo fue persona de grandes talentos. Fue dotado con una extraordinaria y privilegiada inteligencia. Esta inteligencia lo llevó a ser un estudiante destacado; lo hizo merecedor de una beca de la UPR para estudiar ingeniería y aeronáutica en la Pontificia Universidad Católica de Washington, para obtener una maestría en ciencias espaciales y para trabajar en el sistema federal de NASA. Como

decimos por aquí, con una inteligencia así estaba hecho; lo tenía todo a sus pies. Pero, Dios le tenía otro campo donde utilizar este talento.

Su misma inteligencia, su base científica, sus conocimientos en física nuclear lo llevaron al más grande de los entendimientos: el entendimiento de Dios. Para Lorenzo, el cosmos, las galaxias, las diversas formas de energía, lejos de contradecir a Dios, lo reafirmaban. Y no solo lo reafirmaban, sino que lo revelaban como un Dios Creador, un Dios Amor, un Dios atento a su creación, especialmente al ser humano.

Ante el llamado del Señor, dejó a un lado un futuro material y profesional muy prometedor, sin mezquindad alguna, sin reservarse algo para así, lo dejó todo para servir al que es Todo. Por eso le gustaba citar una frase de Santa Teresita: "Yo lo quiero todo". Para Lorenzo, el todo de su vida y de la humanidad era Dios y la Iglesia. Él vivió para ese todo. No enterró sus talentos, ni los utilizó para sí, sino que los puso al servicio del Mayordomo Dios. Hoy confiamos que como buen servidor pueda escuchar las palabras del Señor Jesús, su Señor, que le dice: "Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." (Mt. 25:21).

2. Misterio. Mons. Lorenzo fue un enamorado y poeta del Misterio de Dios. Para Mons. Lorenzo, Dios es el verdadero Misterio. No porque no se conozca, no porque da miedo, sino por lo que hizo, por lo que hace, como actúa. Decía Mons. Albacete: "Misterio es lo que va más allá de todas las posibilidades humanas. El Misterio no es lo que no se entiende, sino lo que se entiende, se comprende, y se capta como algo totalmente diferente, algo que va más allá del tiempo y del espacio presente, una realidad percibida como antes de todo origen y mas allá de todo fin" (Mensaje en Natalicio de Luis Muñoz Marín, 17 de febrero de 1997).

Era un enamorado del Misterio, es decir, de Dios; era un admirador y contemplador de la grandeza del Misterio. Lorenzo comprendió que todas nuestras respuestas a nuestras interrogantes transcendía lo humano, la física, la ciencia; comprendió y nos enseñaba que lo que nos hace verdaderamente humano es nuestro deseo, ante la falta de satisfacción, por lo infinito, por lo trascendente. Sólo seremos plenos, satisfechos y perfectos cuando penetramos ese Misterio que es Dios. Lorenzo solía decir que solo el Misterio es quien tiene las verdaderas respuestas al corazón humano.

Ante el Misterio, Lorenzo no se cansaba de insistir en la necesidad que tenemos todos de vivir en el Misterio. Para Lorenzo, "Vivir en el Misterio es el estar siempre llamado a apuntar hacia el infinito, a buscar el destino, no dentro de las limitaciones del presente y del espacio, sino siempre más allá... Vivir ante el misterio es la experiencia que hace posible toda verdadera esperanza y da por lo tanto significado y valor a nuestra libertad de decisión, compromiso y acción" (Ibid).

El Misterio lo llamó a la plenitud de su Presencia el pasado viernes. Decía su hermano, Manuel, a quien damos las condolencias, que las últimas palabras que Lorenzo dijo, horas antes de morir y a un medio reír y con voz suave y dulce; "Ves, Jesús siempre viene. Él quiere estar con nosotros". Es como si ya, Lorenzo, unas pocas horas antes de morir, estuviera saboreando la experiencia de vivir por, con y en el Misterio, En el único Misterio

que marca el horizonte donde se une origen y destino. Ya Lorenzo llegó a su destino: el Misterio.

3. Humanidad. Lorenzo fue una persona y sacerdote de profunda y gran sensibilidad humana. Su familia se componía de sus padres Don Lorenzo y Doña Conchita y su hermano Manuel. A sus 15 años de edad, quedó huérfano al morir su padre (1956). Prácticamente, el joven Lorenzo se hizo a cargo de su familia. Ni como estudiante de ingeniería, ni de física, ni de ciencias espaciales, nunca abandonó a su familia; ni como sacerdote mucho menos. Para Lorenzo amor a la familia era esencial, parte de la identidad y una exigencia de vivir en el Misterio. Por eso decía, “Es a través de la familia que la persona humana aprende por primera vez a vivir en el Misterio, recibiendo así su identidad y su sentido de pertenencia a un pueblo” (Ibíd). Y, al fallecimiento de su madre (7 de marzo de 1996) Mons. Lorenzo acogió en todas las formas posibles, el cuidado de su hermano.

Lorenzo también evangelizó con el don de su verbo, sentido humano y buen humor. La alegría del Evangelio, la alegría del sacerdocio en él era muy notable. Vivía la Verdadera Alegría, aquella que solo es capaz de sentirse en íntima comunión con el Misterio. Lorenzo ponía fuerza en el espíritu de las personas decaídas, desanimadas, o que experimentaban tragedias. Abogaba por sus hermanos sacerdotes y siempre fue vestido con la vestimenta sacerdotal de la misericordia, el amor y la compasión hacia el prójimo. Lorenzo era muy sensible ante las vicisitudes de sus compañeros en el sacerdocio y ante las de cualquier otro ser humano.

Lorenzo fue también un sacerdote de gran amor por su Patria. El recordaba una anécdota cuando el Cardenal Aponte lo ordenó en 1973 en la Catedral de San Juan (17 de febrero). Como Lorenzo vivía en Washington y se ordenó para esa Arquidiócesis, cuenta Mons. Albacete que el Cardenal Aponte le dijo que no se olvidara de Puerto Rico. A lo que Lorenzo respondió: “Le aseguro que no tenía que recordármelo, que jamás me podría separar de la tierra y del pueblo hacia donde me llevaba siempre la memoria de la cual surgía mi experiencia de identidad” (Ibid.). Sus últimos días los pasó escuchando canciones puertorriqueñas. Para Lorenzo el amor a Puerto Rico era parte de su experiencia de vivir en el Misterio.

En su Misa exequial en el día de ayer en la Iglesia Saint Mary’s en el “Lower East Side”, una parroquia de fieles pobres, principalmente puertorriqueños y otros hispanos, que presidió el Cardenal Sean, Arzobispo de Boston acudió un mosaico impresionante de personas: fieles, muchos sacerdotes, amigos de Comunión y liberación, intelectuales, pobres y adinerados, líderes cívicos, religiosas, un cardenal, dos obispos; americanos, mejicanos, cubanos, puertorriqueños, argentinos, españoles, italianos, y otros europeos, católicos, protestantes, judíos y no creyentes.

Conclusión:

Quisiera concluir citando unas expresiones de Mons. Lorenzo Albacete en una entrevista sobre fe y duda a raíz de los eventos del 911, dijo Mons. Albacete: “Yo nunca adoraré a un Dios que no se revele así mismo como humilde y como pobre. Así es como yo he cambiado, así es como espero serle fiel hasta que llegue mi momento para desaparecer

en el misterio” (Revista, Frontline: Faith and Doubt at Ground Zero). Con su muerte el pasado 24 de octubre, a Lorenzo le llegó su turno, su momento permaneciendo fiel como tanto lo deseó. Ahora él, con su muerte física desapareció en el Misterio, es decir, comenzó a vivir plenamente el Misterio hacia el cual él orientó toda su vida. Ya la vida de Lorenzo ha tomado una nueva existencia. Existe en la dicha del único Misterio que salva y ama y que se llama Jesús. Que el alma de Monseñor Lorenzo Albacete Cintrón por la misericordia del Misterio descanse en paz.